

MOVILIZACION DE LA IGLESIA EN FAVOR DE LA PAZ

La situación del país con sus más de 40.000 muertos, 3.000 desaparecidos, 500.000 desplazados y 200.000 refugiados es catastrófica, y eso es evidente para todos. Que la guerra deba terminar y que deben desaparecer sus raíces de injusticia estructural es también evidente para casi todos. La Iglesia de El Salvador y, sobre todo, la de la arquidiócesis participa de esa convicción como Iglesia cristiana y salvadoreña. Más aún, Mons. Rivera dijo en su toma de posesión que la situación del país le atañe esencialmente a la Iglesia como tal y que el trabajar por poner fin al conflicto y humanizarlo mientras éste dura es una "prioridad" para la Iglesia.

En este comentario nos preguntamos qué hace y qué puede hacer la Iglesia para detener y humanizar el conflicto y buscarle solución; es decir, si es verdad y en qué medida es prioridad para la Iglesia trabajar por una justa paz. Digamos desde el principio que una buena parte de la Iglesia está trabajando en serio por la paz, que otros, sin embargo, se desentienden de esa tarea y que en cualquier caso la totalidad de la Iglesia debe hacer mucho más por la paz.

1. Por una parte hay que reconocer la ingente labor de varios grupos eclesiales para humanizar el conflicto. La pastoral asistencial entre refugiados y desplazados, la pastoral de acompañamiento en comunidades de base e incluso en zonas conflictivas, el trabajo de solidaridad, la defensa de los derechos humanos a través de Tutela Legal son importantes ejemplos de ese esfuerzo por humanizar. A ello se dedican muchos recursos humanos y económicos de la Iglesia, aunque quizás no tantos como fuera de desear, y las personas que se dedican a ello se caracterizan por su eficacia, constancia, entrega admirable y a veces heroica. Todos los salvadoreños afectados

les están en verdad agradecidos y aunque su tarea no sea cuantitativamente muy grande, representan la levadura evangélica que fermenta la masa y es el signo más elocuente de que la Iglesia no ha abandonado al pueblo de los pobres en los momentos más dolorosos de su historia.

Pero más allá de eso hay que preguntarse qué hace la Iglesia para terminar con la guerra, pues ésa es la única forma de humanizar verdaderamente y qué hace para erradicar sus raíces, pues ésa es la única forma de que no vuelva a resurgir. En la ocasión antes citada, Mons. Rivera insistió en su deseo de que "se ponga fin a la guerra a través de medios pacíficos, como el diálogo". El diálogo se ha convertido hoy en la palabra más usada —a diferencia de hace todavía algunos meses en que sonaba a blasfemia y traición— para expresar el deseo de paz y de una reconstrucción justa. La Iglesia defiende el diálogo *a priori* por ser más racional, humano y cristiano; pero también porque no ve ningún otro camino de solución *a posteriori*. Todos saben, aunque no todos se atreven a admitirlo, que las elecciones pasadas no fueron solución y que las elecciones anunciadas por sí solas tampoco lo serán. Casi todos admiten que una solución puramente militar, la victoria total de un bando sobre el otro, no parece viable a la corta, y si se diese a la larga, el vencedor sólo recogería un país en ruinas.

Esta tesis, y por estas razones, ha sido sostenida oficialmente por la Iglesia, por la Conferencia Episcopal, por Juan Pablo II y, sobre todo, por Mons. Rivera. Semanalmente ha insistido en ello, ahora que ya se habla de él y se le ve alguna posibilidad, pero también cuando no se mencionaba y no parecía tener ninguna posibilidad. Su lenguaje sobre el diálogo, por lo tanto, ha si-



do constante, pero no rutinario. Mons. Rivera no lo ha analizado en un sentido técnico-político, pero ha dejado entrever suficientemente cómo lo visualizaba para que tampoco se convierta en una palabra abstracta. El horizonte del diálogo es la realidad del país y, sobre todo, la situación de las mayorías pobres, cuyas calamidades se ven agravadas sin cuento por la guerra. Su finalidad es, entonces, que los grupos contendientes y las otras fuerzas sociales aúnen voluntades eficazmente para poner fin a la guerra y comenzar la reconstrucción. Esta finalidad tiene prioridad sobre cualquier otra, incluso sobre la democratización formal que suponen las elecciones, por importantes que puedan ser por otros capítulos, tanto porque éstas sin el diálogo son estériles como porque no es necesario en este punto consultar al pueblo salvadoreño sobre su indudable deseo de paz y justicia. Esta finalidad hace pasar también a segundo plano las ideologías de los contendientes, aunque la Iglesia tenga su propio juicio sobre ellas; éstas no suponen un obstáculo absoluto al diálogo y en último término serán juzgadas desde su capacidad de traer verdadera paz y justicia al país. La Iglesia tiene también un enfoque realista del diálogo e insiste por ello que deben dialogar los que tienen poder para resolver el conflicto, aunque todas las fuerzas sociales deben colaborar, por difícil que parezca aunar sus voluntades. Por último, la Iglesia, ahora más desde su especificidad cristiana, ha llamado "hermanos" a los contendientes. Juan Pablo II habló de una guerra "fratricida", término que

usó para evitar quizás el término de guerra "civil", con connotaciones más políticas, pero usado a fin de cuentas. Con ello la Iglesia pretende romper la visión maniquea y absolutamente excluyente del otro y animar al diálogo desde esa motivación humana.

Junto a estas palabras, repetidas constantemente, Mons. Rivera ha trabajado activamente en el diálogo y puede decirse que se ha implicado él mismo en la tarea de que se lleve a cabo. En noviembre del año pasado presentó junto con otro obispo el documento del FMLN-FDR sobre el diálogo a la asamblea, gobierno y Fuerza Armada. Este paso, simple en apariencia, supone un serio compromiso de la Iglesia; supone un hacer, pequeño, pero real, y no sólo hablar sobre el diálogo; supone que la Iglesia busca ponerse en contacto con las dos partes para que ambas lleguen a ponerse en contacto; supone un gesto, que dice más que muchas palabras, de aceptar realmente a todos los salvadoreños que deseen trabajar por la paz, gesto además que implica valentía antes de que Reagan hubiese permitido hablar de diálogo y realizar contactos. Posiblemente la Iglesia ha realizado otros actos mediadores, con lo cual se está implicando activamente.

Resumiendo, la Iglesia y sobre todo Mons. Rivera defienden el diálogo y repiten lo que debiera ser su esencia ideal. Por otra parte, trabajan por un diálogo concreto, tal como es posible en El Salvador y con todos los problemas y dificultades que conlleva; su doctrina sobre el diálogo

go ideal no impiden trabajar por el diálogo real. Por último ella misma se ha implicado en el diálogo tratando de acercar a los contendientes. En esto ha encontrado respaldo activo en varios grupos eclesiales, respaldo más meritorio de las comunidades, incluso las que están en zonas conflictivas, y en el exterior donde muchos comunicados de obispos y grupos de solidaridad se basan en la posición de Mons. Rivera.

2. El que la Iglesia propicie el diálogo es una necesidad y un bien para ella misma, pues de otra forma difícilmente podría hoy cumplir con su opción por los pobres. Pero el que sea la Iglesia la que propicie el diálogo es también un bien para el país y hasta cierto punto una necesidad, pues aunque la Iglesia no va a ser ciertamente un factor determinante para que se lleve a cabo el diálogo ni menos para determinar sus contenidos ni mucho menos para que se llegue a acuerdos negociados, puede ser esencial para ponerlo en marcha y ejercer incluso algún tipo de mediación. El prestigio moral que tiene la Iglesia, herencia sobre todo de Mons. Romero, y los millones de salvadoreños sobre los que de una u otra forma tiene influjo, facilita que el diálogo pueda echar a andar y que los salvadoreños entiendan y acepten su necesidad. La Iglesia tiene un cierto poder entre otras instituciones salvadoreñas y tiene buena capacidad de llegar a la conciencia colectiva del pueblo.

Todo esto significa que por su misma opción eclesial y por su capacidad real, a la Iglesia se le presenta una grave responsabilidad; por ello debe y puede movilizarse más en favor del diálogo; sobre todo ahora que ya se habla de primeros pasos de diálogo o pre-diálogo, debe cargar su propia conciencia eclesial y la conciencia de todos los católicos en favor del diálogo por la paz.

En esa campaña de movilización la palabra oficial de la Iglesia podría ganar en claridad y concreción, para que llegase más claramente al pueblo y no sólo a los iniciados, y llegase con más fuerza hasta crear una verdadera conciencia colectiva en favor del diálogo, activa y no sólo resignada. Podría ganar también en libertad frente a unos y otros, y más frente a las fuerzas gubernamentales, con un nuevo ingrediente evangélico-profético y no sólo ético-político, aunque éste se deba cuidar y más si se pretende eficacia en la mediación.

Quizá la Iglesia pudiera avanzar en los signos públicos que expresen la posibilidad y necesi-

dad del diálogo. Esto significa en concreto poder aparecer con y hablar a unos y otros, lo cual menos se hace con la izquierda. Esto supone que la Iglesia oficial aparece en contacto con los de un lado. Mons. Revelo es miembro de la Comisión de Paz del gobierno; Mons. Freddy Delgado es miembro de la Comisión de Derechos Humanos del gobierno y de la Comisión de Amnistía —presencia esta última que en sí misma no dice nada objetable, aunque la primera sí lo sea y su desempeño sea funesto; Mons. Rivera se ve obligado por su cargo a aparecer con las autoridades del país, aunque no prodigue su presencia; Juan Pablo II conversó y saludó a los gobernantes. Todo ello quiere decir que en los gestos públicos la Iglesia más aparece con unos que con otros. Es cierto que Mons. Rivera no rehúsa ocasionalmente relacionarse también con los otros, aunque no visiblemente. Signo de ello es la entrega del documento del FMLN-FDR o la justificación que hizo en principio de la pastoral en zonas conflictivas.

Dentro de las obvias dificultades y del cierto miedo que todavía produce el contacto con la izquierda, ayudaría mucho si la Iglesia tuviese mayor libertad para aparecer también con los de este lado. Esto sería interpretado por la derecha como parcialidad, pero lo que la Iglesia haría, de hecho, es poner un signo elocuente de que lo del diálogo va en serio, de que se puede y hay que hablar con ambas partes. Sería sin duda una forma elocuente, quizás mayor que las palabras, de introyectar en el pueblo que la solución tiene que venir con lo mejor de ambos lados, que hay que enfocar la solución como solución entre hermanos, que hay que dar pasos por novedosos y arriesgados que sean, sin caer en la resignación o pura lamentación.

3. La palabra oficial de la Iglesia puede ser potenciada, por lo tanto, y con ello, adquiriría más fuerza social. Pero esa palabra potenciada puede movilizar a la totalidad del cuerpo eclesial, lo cual sí es tarea urgente y necesaria. No se puede negar que desde la desaparición de Mons. Romero la Iglesia se ha ido desmovilizando paulatinamente en su interior. Con excepciones admirables, la Iglesia ha ido languideciendo y despreocupándose de la problemática del país. También para los miembros de la Iglesia son válidas las palabras de Mons. Rivera a su regreso de Europa después del discurso de Reagan. En el contexto del creciente intervencionismo foráneo dijo a todos los salvadoreños "que asuman cada

vez más su papel protagónico en la búsqueda de la paz y no consideren como una fatalidad la continuación del conflicto" (15.3.83). Por comprensible cansancio, por miedo, por el recuerdo todavía reciente de la persecución generalizada, por penuria de sacerdotes y religiosas más consecuentes es indudable que el cuerpo de la Iglesia como tal se ha ido desentendiendo de la problemática del país y ha incurrido en el fatalismo denunciado por Mons. Rivera. Todo lo que sea compromiso histórico con el país, aunque sea tan moderado y tan evangélico como el trabajar por el diálogo, ha descendido alarmantemente.

Para algunos cristianos parece que la situación no va con ellos. Siguen o tratan de seguir su vida normal, lamentando el conflicto, ciertamente, y esperando que termine, pero procurando seguir su vida normal sin interferencias. Algunos movimientos apostólicos siguen su vida, profundizando incluso su vida interior, volviéndose a Dios en la necesidad, pero sin hacer nada serio por el país. Para algunos colegios católicos parecen como si nada pasara en el país, y así la situación para nada cambia los contenidos ni el enfoque educativo, mientras siguen los campeonatos deportivos con el entusiasmo de los tiempos de paz. Cuando un colegio pidió a un sacerdote que ayudase a planear el año escolar, éste comenzó con el análisis de la situación del país, y ahí terminó su servicio. No sabemos si en el seminario incide la realidad nacional, aunque en su predio haya más de mil refugiados. Las reuniones del clero y las de la CONFRES tratan temas de formación permanente y de acontecimientos eclesiales importantes, como la visita del Papa o el año santo, pero no se abordan con seriedad los problemas del país. De los medios de comunicación del arzobispado, **Orientación** no analiza con seriedad la situación, pues no son análisis sus lamentos semanales, ni movilizan a la solución; aunque desde hace algunos meses aparece alguno que otro artículo orientador. La YSAX da cabida al menos a diversas voces sociales y políticas, aunque tampoco tenga una línea editorial definida ni aglutinante. En resumen, hay un desentenderse de la situación y un olvidarse de lo que es el primer paso de toda acción eclesial, la encarnación, que debe comenzar con conocer y tomar en serio lo que es El Salvador en 1983.

Otros cristianos condenan a diestro y siniestro todos los males del país, de un lado y de otro —sin analizarlos en detalle, ni cuantificarlos ni cualificarlos, con lo cual más favorecen al sta-

tus quo que al contrario—, como si ellos, cristianos y miembros de la Iglesia, no tuvieran arte ni parte en el pecado del país, por acción o al menos por omisión. Recuerdan al fariseo del templo que daba gracias a Dios por no ser como los demás hombres. Pero aún, recuerdan al sacerdote y levita de la parábola que dio un rodeo —que se puede dar de muchas maneras— para no ver al herido en el camino. Y cuando ven que alguien se acerca, entonces lo llaman samaritano, es decir en lenguaje de hoy, marxista, tercermundista, Iglesia popular, etc.

Esta situación es seria por mucho que se busquen alibis intraeclesiales, como si el diálogo debiera empezar al interior de la Iglesia, o como si basta hablar a cada rato del año santo y del Papa, del que por cierto ya se ha olvidado lo que dijo de Mons. Romero y de la tarea por el diálogo. En el mejor de los casos se delega en Mons. Rivera la tarea de hablar del diálogo, la paz y la justicia, como si a los otros cristianos no les tocara muy directamente esa tarea.

Ciertamente no todo es así al interior de la Iglesia, pero hay mucho de eso. Por ello, todo el cuerpo eclesial debiera tener lucidez sobre la situación actual y debiera movilizarse en favor de una solución. De lo que se trata en el fondo es de hacer real la prioridad que estableció Mons. Rivera. No hay duda de que si los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los colegios católicos, los movimientos apostólicos, los medios de comunicación social, el seminario y otras instituciones eclesiales orientaran su vida interna y su actividad apostólica a conocer y dar a conocer la trágica situación actual, si arroparan activamente y tradujeran en sus actividades la palabra de Mons. Rivera mucho cambiarían las cosas. La palabra de Mons. Rivera tendría más fuerza, no sólo fuera del país —que la tiene—, sino dentro del país, donde frecuentemente es ignorada. Su palabra no podría ser tan fácilmente contrarrestada con otras, pues tendría tras sí el peso de todo un cuerpo eclesial. El diálogo, la paz y la justicia dejarían de ser palabras deseadas, pero abstractas, y podrían generar un ingente movimiento en todo el país. La Iglesia podría entonces poner gestos públicos y masivos para expresar lo que piensa y desea, y ese gesto sería inocultable. Si por el asesinato del primer sacerdote Mons. Romero convocó a una misa única e hizo que los colegios católicos interrumpiesen por tres días sus actividades normales para reflexionar sobre la persecución, Medellín y la misión de la Iglesia;

la situación actual, mucho más grave, puede exigir también tales gestos. Esos son los que llevan la palabra a la conciencia colectiva y los que muestran en verdad la postura de la Iglesia. Eso diría con claridad a los contendientes, al gobierno, congreso y pueblo de Estados Unidos lo que quiere la Iglesia salvadoreña.

4. Esa movilización de toda la Iglesia debe ser promovida desde arriba, pero también desde abajo. Hay que volver al lugar original de la Iglesia y al lugar, por ello, de su creatividad: el mundo de los pobres. Este mundo se hace real en la Iglesia en las comunidades eclesiales de base, en los sacerdotes, religiosas, catequistas y delegados que las atienden. Estas comunidades son las que mejor entienden la situación del país porque, dentro de la Iglesia, son las que más la han sufrido y siguen sufriendo; ellas son las que mejor entienden la necesidad de la paz y de la justicia. Y en conjunto son también las que mejor entienden la respuesta cristiana a esa situación, como lo han demostrado con su trabajo, su entrega, su heroísmo y su martirio; son incluso las que mejor entienden a la Iglesia, pues —con dificultades y tensiones a veces— permanecen en ella y colaboran con ella no por rutina ni en cosas fáciles, sino por convencimiento y en cosas difíciles. Sin du-

da, hay en ellas problemas, exageraciones y fallos; pero nada de esto quita, como lo ha mostrado la historia reciente en El Salvador, que en ellas y desde ellas surge la creatividad cristiana que orienta, anima y moviliza. Esta Iglesia de los pobres nunca le falló a Mons. Romero y no le falla a Mons. Rivera. A pesar de tantas críticas interesadas son esas comunidades las que más se han manifestado en público apoyando a Mons. Rivera en sus denuncias y en su exigencia de diálogo. Sus simpatías y compromisos políticos varían; en conjunto, ven menos esperanzas en el proyecto gubernamental que en el contrario. Pero nada de eso les impide apoyar la exigencia racional, humana y cristiana del diálogo.

En la Iglesia hay posibilidades de potenciar seriamente el diálogo y de movilizar el cuerpo eclesial tras él; desde luego, se debe intentar. Si se unifican la dirección y orientación jerárquicas y la potencialidad de las bases, la Iglesia como un todo puede ir creciendo en claridad sobre la situación actual y en determinación a trabajar por su solución. Y una Iglesia así, no cabe duda, que será una fuerza importante y beneficiosa en el país.

5. Hay que ponerse, pues, a trabajar por la paz y la justicia. Y si no hubiera otros argumen-



tos para ello, sería bueno recordar el segundo viaje de Juan Pablo II a Polonia, cuyos problemas sociales y eclesiales son conocidos. Como en El Salvador, la Iglesia en Polonia se enfrenta a serios problemas y tiene gran fuerza social. Lo que ha ocurrido en Polonia es que esa Iglesia se ha movilizado. Indudablemente el respaldo pontificio ha facilitado mucho las cosas. No intentamos ahora analizar y evaluar la actuación del Papa y de la Iglesia en Polonia; sólo nos interesa llamar la atención sobre lo que significa movilización eclesial. Los ocho días de Juan Pablo II en Polonia y los once días del Cardenal Glemp en Roma muestran que la Iglesia puso realmente toda la carne en el asador, que tomó absolutamente en serio el problema. En Polonia Juan Pablo II habló al pueblo, pero se reunió también tanto con Jaruzelsky como con Walesa; no rehuyó, pues, gestos dicentes de su interés por lograr una solución. Recordemos que también habló con Yasser Arafat en Roma cuando la cuestión del Líbano estaba candente. En Polonia el Papa pidió serenidad al pueblo, pero se enfrentó también con claridad al gobierno; los clérigos polacos participaron activamente favoreciendo protestas populares y enfrentándose con el gobierno. Las manifestaciones fueron masivas, pero no sólo por la finalidad religiosa de ver al Papa, sino por apoyar un proyecto y una solución para el país. Por mucho que se desee distinguir entre lo 'pastoral' y lo 'político'; es evidente que la Iglesia ha tratado de influir en lo político a través de lo pastoral. Con todo esto sólo queremos recalcar que en Polonia la Iglesia movilizó en plenitud

sus capacidades, con valentía y libertad de espíritu, sin que el miedo a mostrarse parcial o a ser manipulada frenase su actividad. Y todo ello porque la Iglesia percibió que algo muy importante se está jugando para ella misma y para el país.

La situación en El Salvador no es menos sino mucho más grave que la de Polonia; también aquí la Iglesia tiene prestigio y fuerza social; desearíamos también que Juan Pablo II mantuviese y acrecentase su interés por El Salvador y pusiera los claros gestos de Polonia y arriesgase lo que arriesgó en Polonia. Pero lo que interesa es que la Iglesia salvadoreña se movilice de verdad y ponga todo lo que tiene en favor de la paz y la justicia, cuyo camino se concretiza y simboliza ahora en el diálogo. Sería muy triste que se aplaudiera la movilización eclesial en Polonia por el trillado argumento de que al fin y al cabo allí la Iglesia se opone a un régimen comunista y no se secundara en El Salvador porque el diálogo podría dar ventajas a la izquierda marxista. Pues ni la oposición —y los arreglos— en Polonia, ni el diálogo en El Salvador se deben propiciar por ir en contra o en favor de determinados grupos, sino por salvar a polacos y salvadoreños, hijos de Dios, que en El Salvador, ciertamente, están sometidos a la miseria y a la muerte. Y esto es, en definitiva, lo que debe movilizar a la Iglesia, cargar su conciencia eclesial y llevarla a poner manos a la obra.

J.S.